

**Discurso del
PRESIDENTE FREI
al inaugurar la
QUINTA REUNION DEL CIES
a nivel ministerial
en el Teatro Municipal
de Viña del Mar**



CHILE — 21 de Junio de 1967

**DISCURSO DEL PRESIDENTE FREI AL
INAUGURAR LA QUINTA REUNION DEL
CIES A NIVEL MINISTERIAL EN EL TEA-
TRO MUNICIPAL DE VIÑA DEL MAR.**

La crisis de Latinoamérica es la crisis del crecimiento. Esto significa que el esfuerzo de los pueblos y de sus gobernantes ha de concentrarse en la tarea de responder al desafío que plantea la realidad económico-social en que vivimos.

A esta labor común, frente a los complejos problemas de Latinoamérica, se refirió el Presidente de Chile, Excmo. señor Eduardo Frei Montalva, al inaugurar la Quinta Reunión del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES), en el Teatro Municipal de Viña del Mar, el 21 de junio de 1967.

Señor Presidente, señores Ministros, señores Delegados:

Es muy grato daros la más cordial bienvenida en nombre del Gobierno y del pueblo de Chile y esperamos que esta ciudad de Viña del Mar constituya un marco de tranquilidad y agrado para realizar un trabajo útil e indispensable para el destino de nuestra América.

Comprendemos la dificultad de la tarea en que estáis empeñados. Los problemas interamericanos cobran cada día mayor complejidad. Pasó el tiempo en que estas Conferencias eran el escenario de discursos y de formulismos. Hoy es necesario tomar compromisos, crear mecanismos y adoptar procedimientos que obligan a las naciones aquí representadas.

EL SISTEMA AMERICANO

Desde hace mucho tiempo los pueblos están oyendo hablar sobre el sistema americano, sus instituciones y sus acuerdos, y hoy se preguntan, con sobrada razón: ¿cuál será el destino de esta Conferencia? ¿De qué manera han sido útiles las numerosas reuniones y resoluciones que, a lo largo de tantos años, se han ido adoptando? ¿Cuál es el significado de las diversas instituciones que forman el sistema americano? ¿Constituyen ellas un instrumento eficaz para las tareas que esta hora reclama?

Tales interrogantes adquieren un carácter trascendental después de la Reunión de los Presidentes en Punta del Este, en que se fijaron metas y objetivos de la más alta significación.

Durante años, nuestra capacidad para analizar y para buscar las causas y los culpables de nuestras penurias y de nuestro lento desarrollo, han ido a parejas con una endémica incapacidad para tomar decisiones. Frente a la contabilidad acuciosa de los males que nos aquejan, hemos excusado nuestra inacción para resolverlos. Hemos dicho que necesitábamos, previamente, que se tomaran ciertas decisiones políticas quienes tienen el poder ejecutivo en nuestra América.

Estas decisiones ya han sido adoptadas y lo han sido al nivel que se requerían. Nuestra tarea ahora es cumplirlas. Lo que ayer parecía utópico, hoy está definido. Por ello, ante nuestra propia conciencia y ante la opinión pública de América, resultaría temerario seguir planteando los problemas de la integración, de la Alianza para el Progreso, del comercio internacional, de las instituciones para operar el sistema, con la misma visión e iguales restricciones y titubeos con que estos temas fueron tratados en las reuniones anteriores a Punta del Este.

En la declaración de los Presidentes de América, éstos se comprometieron, en forma solemne ante la faz de sus pueblos y yo diría ante la faz del mundo, a formar un Mercado Común Latinoamericano. Al mismo tiempo, plantearon las relaciones de América latina en su conjunto con los Estados Unidos de Norteamérica y con las naciones de otros continentes, refiriéndose fundamentalmente a los problemas de la Alianza para el Progreso, del comercio internacional y de las inversiones y créditos extranjeros.

Esta reunión presidencial se realizó en un momento muy importante. Frente a ella, los pueblos no han adoptado una actitud de optimismo, sino más bien, seamos francos, una actitud de reserva. Han valorizado las afirmaciones centrales que implican una voluntad y un camino a seguir, pero comprenden que éste es apenas un paso inicial, un programa que exige complementarse con una acción coherente, pronta y decidida.

Por sobre cualquiera consideración, existe un hecho que me atrevo a calificar de histórico y es el siguiente: hasta esa reunión, había dudas y oposición frente a la idea de un Mercado Común. Hoy no puede haberla, porque todos los gobiernos comprometieron su palabra, su firma y, en consecuencia, su honor en dicha empresa. Pero, lo que es más importante, ésta ya no es sólo una decisión de los Gobiernos, sino una convicción que ha madurado en la conciencia de nuestros pueblos, y en la mente del hombre común de América latina.

Hoy no tenemos pretextos que puedan justificar una demora. La tarea para los expertos y para los gobernantes es iniciar de inmediato la construcción real, práctica y acelerada de esta verdadera unión de nuestras naciones.

Hay dos posibilidades. O el compromiso de los Presidentes toma formas de acción rápidas y dinámicas, lo que significa que la asistencia financiera exterior llegue en los montos adecuados por canales eficaces y en condiciones de respeto y de cooperación a nuestros intereses, que el comercio internacional se facilite en términos tales que América latina realmente pueda participar también de los beneficios que el intercambio de productos manufacturados genera en el mundo industrial; o todo el andamiaje institucional y declarativo americano perderá su última posibilidad de recibir el respeto de nuestros pueblos.

LA SITUACION ACTUAL

La toma de conciencia política de estas realidades se ha hecho en forma lenta, mientras el deterioro de la región frente al resto del mundo adquiere dimensiones realmente impresionantes. Las cifras que ustedes conocen seguramente mejor que yo, son dramáticas.

Revisando el informe del CIAP presentado a esta Reunión, sobrecoge comprobar que, en los últimos seis años, el mejoramiento real del ingreso por habitante ha sido del 1,6% anual. Eso significa por lo menos 50 años para duplicar el ingreso del hombre latinoamericano, y quien lo dice es la Institución creada por nosotros para informarnos.

CEPAL, a su vez señala que la proporción del ingreso que se destina a la formación de capital tiende a disminuir. Tiende a debilitar aún más la capacidad dinámica de la economía para su expansión, fenómeno que en muchos países es particularmente sensible en la movilización de recursos para la inversión privada. La misma CEPAL estima que aproximadamente 70 millones de habitantes del sector rural disponen de ingresos anuales no superiores a los 60 ó 70 dólares por habitante. O sea, un tercio de nuestra población tiene ingresos absolutamente insuficientes para vivir como seres humanos.

Las condiciones del comercio internacional de la región tampoco registran resultados mejores ni ofrecen perspectivas alentadoras. La mayoría de los países latinoamericanos ha experimentado un sensible deterioro en los últimos años en sus términos de su intercambio. Por otro lado, la expansión del comercio exterior de América latina ha sido claramente inferior a la que se ha producido en otras regiones del mundo en desarrollo, acentuándose la tendencia a estrangular nuestra capacidad de desarrollarnos por insuficiencia de nuestras exportaciones.

“En resumen —anota el CIAP en su informe a la presente Conferencia— la evolución reciente, tanto en lo que se refiere al sector importador como al exportador, muestra un gradual deterioro de la posición de América latina en el comercio internacional”.

LA CONFERENCIA DE COMERCIO Y DESARROLLO

Durante largo tiempo esperamos con optimismo los resultados de la Conferencia de Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas. Pero la fe que pusimos en la eficacia de ella, sólo puede compararse a la desilusión producida por la falta de aplicación de sus acuerdos en los tres años transcurridos.

La rueda Kennedy abrió un camino de esperanzas para mejorar las condiciones del comercio del mundo subdesarrollado con las naciones industrializadas. Pero las primeras evaluaciones y la información que nos ha

sido suministrada por sus más activos participantes, indican que sus resultados son positivos para el comercio entre los países altamente industrializados, sin que se hayan modificado en absoluto las condiciones en que América latina opera dentro del comercio mundial. En este —como ya lo señalé— va perdiendo paulatinamente su participación relativa.

En el plano del comercio internacional el movimiento financiero, los préstamos y sus montos en relación a América latina, debieron haber mejorado en forma sustancial. Los estudios realizados por diversos organismos internacionales revelan que ha ocurrido lo contrario. Y aunque conozco bien la relatividad de esas cifras y de los conceptos que las sustentan, y la parte de culpa indudable que a nosotros mismos cabe en esos resultados, es un hecho que la adición neta de fondos extranjeros —después de deducir de los movimientos netos de pagos por conceptos de préstamos e intereses— resulta insuficiente y con una clara tendencia a declinar.

Esto demuestra que ni los objetivos ni las metas proclamadas en el programa de la Alianza para el Progreso, han sido alcanzados.

No es el caso señalar que tales cifras y condiciones medias de América latina pueden tener excepciones favorables, entre las cuales los propios documentos de esta Conferencia señalan a Chile. Pero no olvido que muchas veces estas excepciones dependen de situaciones del comercio internacional que no siempre son estables. Sin embargo, sea cual sea la situación relativa de algunos en esta etapa, no podemos olvidar que nos hallamos en una asamblea continental. Nuestro país se siente profundamente solidario de lo que ocurre en toda América latina, porque su destino, sus problemas, su angustia y su desarrollo son los nuestros.

Somos partes de un todo que cada vez se hace más compacto y más sensible a los problemas externos y ciertamente esta conciencia de unidad frente al mundo exterior nos ayudará a encontrar una homogeneidad en nuestro proceso de integración y constituirá nuestra gran fuerza en el mañana.

LA DESUNION NOS DEBILITA

Analizado el conjunto de estas cifras y la realidad social que ellas revelan, América latina desunida se nos aparece como un continente que se va achicando y encojiendo en su expresión política y económica, en su capacidad creadora en el campo de las ciencias, de la técnica, de la cultura y me atrevería a decir, hasta del espíritu.

No me corresponde a mí, en esta ocasión, reflexionar sobre las causas que producen este proceso negativo; pero tal situación llegará a hacer insostenible la convivencia de la libertad con la necesidad de producir, de dar trabajo y dar comida. La pérdida de la libertad, y con ella la pérdida de dignidad del ser humano, vendrá bajo signos que no son de nuestra historia ni de nuestra legítima vocación americana.

No nos engañemos a este respecto. Nadie, ningún país se hallará protegido si no se colma la honda diferencia entre las aspiraciones que genera nuestro mundo, y la capacidad de respuesta de nuestras economías mientras cunde la frustración y la rebelión en 100 millones de jóvenes que recorren los caminos de nuestra América.

Si para los hombres de estudio que traducen estos hechos en cifras, los resultados son dramáticos; lo son mucho más para las masas pobres de América latina y para quienes, elegidos por los pueblos, debemos oír cada día sus justas, urgentes y, a veces desesperadas demandas.

¿En qué se traducen las cifras? Para el hombre las cifras se traducen en dolor, en desocupación y en barriadas marginales; en ignorancia, en desnutrición y en desamparo; en presiones inflacionarias casi incontenibles que amenazan a todos, salvo muy raras excepciones. Porque cuando los pueblos no tienen realidades se refugian en el engaño de maniobras monetarias, que no son ni trabajo, ni pan, ni casa, ni justicia. Y cuando cunde la desesperanza surgen como en los antiguos tiempos, curanderos que ofrecen el engaño. Si bien ellos no tienen una respuesta válida, al menos traen la apariencia de una

mejoría, ya que como dijo un día Bernanos, el estómago vacío de un pobre tal vez necesita más la ilusión de un vaso de vino que un trozo de pan.

No estamos inmunizados contra estos fenómenos. No será posible construir muros para defendernos de las ideas que proyectan imágenes cuya crueldad se denuncia y conocemos, pero que a algunos —y esto es lo grave— les parecen mejor que la angustiosa falta de horizontes en que viven vastos sectores de nuestros pueblos. Si todo el tejido social amenaza romperse hasta por la violencia, debemos separar muy nítidamente lo que viene de afuera a través de una intervención odiosa que rechazamos y condenamos por inaceptable, de las tensiones reales que provoca la persistencia del subdesarrollo de grandes sectores de nuestras poblaciones.

Toda confusión a este respecto puede ser fatal para nuestra vocación de hombres libres. Por ello resulta temerario no resolver con grandeza y rapidez las exigencias que nacen de estos hechos. Debemos afrontarlos no por la amenaza que significan, sino porque este es un imperativo que nace de la justicia y de la propia supervivencia de nuestros pueblos y de nuestra democracia. Estamos en esta lucha y en esta tarea no porque debamos defendernos de ciertas ideas, sino porque tenemos el deber de trabajar por nuestro pueblo. No estamos movidos por otros, sino por nuestras propias convicciones.

DEBEMOS REDOBLAR NUESTRAS ESPERANZAS

El Jefe del Estado de la más poderosa nación de este hemisferio, hablando hace algunos meses en el quinto aniversario de la Alianza para el Progreso, decía:

“Si la tendencia actual continúa, la población de este hemisferio será de casi mil millones de personas para el año 2000. Dos tercios —alrededor de 625 millones— vivirán en América latina. A pesar de cuanto pueda hacerse por medio de programas para reducir el ritmo de crecimiento demográfico, la América latina afronta este gran reto.

“La producción agrícola, estimada por ejemplo, debe aumentar en el 6% anual, y eso representa el doble

del promedio actual. Sería necesario crear por lo menos 140 millones de nuevas ocupaciones. Deberían adiestrarse más de 175 mil nuevos médicos para responder a los requerimientos mínimos. Deberían construirse cientos de miles de nuevas aulas. Y los promedios anuales de crecimiento per cápita deberían aumentar de modo que oscilen entre el 4 y el 6%. Estas exigencias, agregadas a las demandas del presente, indican que deberían establecerse nuevas perspectivas, que deberían hallarse nuevas condiciones y renovado impulso, si aspiramos a responder a este reto, si hemos de avanzar”.

Pese al aumento de los esfuerzos internos logrados por los países de América latina y el apoyo que la Alianza para el Progreso ha prestado hasta ahora a esos mismos esfuerzos, los resultados alcanzados en la región son sustancialmente inferiores a los propuestos por el propio Presidente de los Estados Unidos en el discurso al que acabo de hacer referencia.

Hoy estamos conscientes en América latina de que la tasa de crecimiento económico del 2 1/2% por habitante al año, señalada en 1961, es insuficiente para responder a las exigencias de nuestros pueblos. Por lo tanto, si aceptamos como objetivos el aumento mínimo de 4% propuesto por el Presidente de los Estados Unidos —y que yo comparto— no sólo será una tarea colosal que requerirá una movilización inmensamente mayor de nuestro esfuerzo interno, sino que exigirá también un sustancial aumento de los recursos de ayuda externa en términos y condiciones adecuados a la magnitud de dicha tarea.

Es preciso reconocer también que los medios tradicionales de desarrollo empleados hasta ahora no guardan consonancia con los resultados que se pretende alcanzar.

No podremos lograr las nuevas metas que nos proponemos si nuestros esfuerzos se limitan a modificar algunas estructuras internas, a tecnificar la agricultura, a sustituir las importaciones con manufacturas nacionales de altos costos de producción y a continuar exportando materias primas con un bajo contenido de valor agregado.

Es necesario cambiar todo nuestro esquema de desarrollo.

NO BASTA EL SOLO ESFUERZO INTERNO

Mucho se puede hacer dentro de cada nación, pero ese esfuerzo tiene límites cada vez más estrechos. Los Presidentes, al adoptar la decisión política de impulsar la creación de un Mercado Común Latinoamericano, con una fecha de iniciación y un plazo de término, que opere en forma automática y programada, reconocieron la urgencia de romper estos límites.

La realidad contemporánea prueba que un espacio económico vasto presenta condiciones dinámicas tales que pueden modificar la naturaleza, la forma y la velocidad del crecimiento de cada uno de nuestros países.

Sólo un gran espacio económico permite las economías de escala, la producción masiva de bienes de capital, la introducción de nuevas industrias de más alta tecnología. Sólo un gran espacio económico permite una mayor capacidad de empleos, más altas remuneraciones, mayores posibilidades de ahorro y de consumo y productos más baratos al alcance de un mayor número de usuarios latinoamericanos.

Todos sabemos que el problema es complejo desde el momento en que hay profundos desniveles entre nuestras naciones, pero no hay alternativa. La complejidad del problema no fue aceptada por los Presidentes como excusa para no abordarlo.

América latina, lo decimos siempre, es un continente rico. Tal vez uno de los más ricos del mundo. Sin embargo, su Producto Interno Bruto, en dólares a precio de 1960, fue en 1966 estimado en la cantidad de 84 mil millones de dólares.

Pensaba en ello hace pocos días, cuando leía que Gran Bretaña tiene un ingreso bruto de 98 mil millones de dólares y una población de 55 millones de habitantes. O sea que por sí sola tiene un producto superior al que logramos 250 millones de latinoamericanos. Pues bien, esa nación emplea en su Industria Química un promedio de 2 1/2 trabajadores para producir la misma cantidad que en los Estados Unidos elabora un solo trabajador. Esta razón ha impedido a Gran Bretaña desarrollar una producción con unidades que alcancen toda la

eficacia que permiten las economías de escala, y la obligan a buscar con ahínco la oportunidad de incorporarse a un mercado mucho más amplio.

Yo pensaba, aunque sé que estas reflexiones resultarán obvias para ustedes, ¿qué destino nos aguarda si permanecemos divididos, cuando juntos tenemos un esfuerzo tan grande que realizar?

Pienso en mi propia patria, con 9 millones de habitantes e intentando una industria petroquímica y una industria química que no es capaz de sostener a niveles competitivos, a escala mundial. Y comparo la situación de Chile con la de un país que tiene 20 veces el producto de nuestra patria y un producto superior a toda nuestra América latina.

¿Qué hacemos desunidos, objeto de las disputas de quienes detentan el Poder y teniendo ante nosotros a los profesionales del antiimperialismo, que a lo sumo nos proponen nuevas formas aún más rígidas de control de otros imperialismos que llegan hasta el dominio de las mentes y de la voluntad humana? ¿Esas son nuestras alternativas?

El Presidente del CIAP, don Carlos Sanz de Santa María, decía, con razón, que la integración debemos hacerla con o sin ayuda externa.

Yo estoy de acuerdo con tal afirmación, porque la integración es una tarea de América latina: es la parte aún incumplida de nuestra lucha por nuestra independencia nacional.

LA AYUDA EXTERNA ES NECESARIA

Pero sin ayuda externa, aun cuando alcancemos la plena movilización de nuestros recursos humanos y financieros internos, la tarea tomará demasiado tiempo y exigirá sacrificios que harán imposible alcanzar en un plazo prudente las tasas de crecimiento y de progreso. He recordado con anterioridad que ellas han sido reconocidas como las metas mínimas indispensables.

Por ello confiamos en que la Declaración de los Presidentes de América, que reconoce la necesidad complementaria de la ayuda mutua y la ampliación de la cooperación externa y está inspirada "en los principios que informan el sistema interamericano —especialmente los contenidos en la Carta de Punta del Este, en el Acta Económico-Social de Río de Janeiro y en el Protocolo de Buenos Aires de Reformas a la Carta de la OEA—", produzca una movilización de recursos externos a un nivel muy superior al que hasta ahora se ha planteado.

Necesitamos esos recursos externos. Y debemos decirlo a nuestros pueblos, porque hay quienes proclaman en nuestros países que toda ayuda externa es un sometimiento, pero al mismo tiempo nos señalan como ejemplo una nación latinoamericana que necesita una ayuda mucho más grande que toda la nuestra, tan sólo para subsistir. No miden con igual metro lo que ocurre en las democracias libres y lo que ocurre en los países totalitarios.

Estos recursos deberán hallarse en condiciones adecuadas al propósito perseguido, sin buscar la seguridad de resultados inmediatos, pero con la clara visión de construir una América integrada, robusta y capaz de sostener por sí misma una tasa de crecimiento elevada y de contribuir, a su vez y en un futuro no muy lejano, al crecimiento de otras zonas menos desarrolladas del mundo.

Allí estarán las seguridades que buscan, y allí se verán los resultados.

LA DESATADURA DE LOS CREDITOS

Me atrevo a insistir en una proposición de los Presidentes de Latinoamérica que sostuvieron unánimemente que uno de los medios para incrementar el comercio intrazonal es la disponibilidad de mayores recursos para financiar sus exportaciones. Así se utilizarían los créditos otorgados con recursos de la Alianza en la adquisición de bienes originarios de cualquiera de los países

de la región siempre que cumplan con condiciones previamente especificadas.

Al analizar esta proposición en Punta del Este, insistimos en que América latina ni siquiera estaba, en este momento, en situación de ocupar una gran parte de sus recursos. En consecuencia, el riesgo que pudiera significar para Estados Unidos es perfectamente compatible con la realidad económica latinoamericana.

Reitero esta proposición, pues estoy convencido de que el aumento de los recursos financieros externos no será una respuesta suficiente a las exigencias del desarrollo, si no va acompañado de un impulso afectivo en materia de comercio exterior.

No es sólo necesario que América latina aumente sus exportaciones de materias primas y productos básicos y que en la rueda Kennedy se hayan reconocido ciertas ventajas limitadas para estos productos. Es preciso también que la región tenga más y mejores bienes manufacturados y semifabricados para exportar, y que sus exportaciones en general no sufran el trato discriminatorio que significa el hecho de que otros vastos sectores del mundo en desarrollo tienen acceso a mercados industrializados bajo regímenes preferenciales, de los cuales nosotros estamos excluidos.

América latina no pretende perjudicar a las demás naciones subdesarrolladas; por el contrario, en una acción solidaria que comenzó en Alta Gracia, ha luchado por eliminar las preferencias sólo para poder concurrir al comercio mundial en condiciones justas.

APERTURA DE LOS MERCADOS PARA LAS MANUFACTURAS LATINOAMERICANAS

En Punta del Este, los Presidentes establecieron las normas para una acción conjunta entre Estados Unidos y América latina en estas materias. Sigo pensando que es esencial insistir en la apertura de los mercados indus-

trializados para los productos manufacturados y semi-manufacturados de los países en desarrollo.

Para América latina, ello constituiría el más poderoso estímulo a la integración. Permitiría acelerar los procesos de economía de escala, tan necesarios para reducir costos y, por lo tanto, hacer más atractivas las compras intrarregionales.

Una pequeña cuota del crecimiento anual de los bienes industriales de consumo del mundo desarrollado, puede significar un aumento de uno, dos o más puntos en la tasa del crecimiento industrial de nuestra región con las extraordinarias consecuencias directas o indirectas que ello tendría sobre el crecimiento industrial.

EL FOMENTO DE LAS EXPORTACIONES

Por cierto que el comercio internacional es tan vital, que no bastan para darle un impulso satisfactorio los pocos puntos que he planteado.

Sé que en las deliberaciones previas de esta Conferencia se han adelantado proposiciones para el fomento de las exportaciones. También el Banco Interamericano, que ha prestado ya tan utilísimos servicios en financiamientos reales a este esfuerzo, podría complementar su acción con otras líneas de créditos como, por ejemplo, para exportaciones destinadas a países fuera de la región o para gastos de producción de manufacturas que requieran grandes stocks o largos períodos de elaboración.

UN DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL MAS ACELERADO

En síntesis, la tarea que la Declaración de los Presidentes ha puesto en manos de los dirigentes y de los pueblos del Continente se expresa como la necesidad de alcanzar propósitos de desarrollo económico y de pro-

greso social aún más acelerados que los previstos en la Carta de Punta del Este. Para tal objeto, la decisión política de los Jefes de Estado señaló un camino preciso: la integración. Y esta se alcanzará por la movilización conjunta de muchos esfuerzos: los recursos internos, el crédito externo, el comercio intrazonal, el comercio internacional, la movilización de las Universidades, de los sindicatos, de los empresarios son todos ellos aspectos básicos cuya combinación acertada puede producir el efecto dinámico que la situación requiere.

Es en función de estas decisiones de fondo que deben organizarse las instituciones del sistema y lograr un trabajo eficiente. Son estos los problemas que se plantean y requieren respuestas claras para saber de una vez si este es un camino viable, o sólo estamos dándonos vuelta alrededor de temas que analizamos, pero que nunca resolvemos.

LAS NUEVAS RESPONSABILIDADES DE LA ALALC

Hemos acordado también, todos nuestros pueblos, la convergencia del Mercado Común Centroamericano y de la ALALC, invitando a participar a los países no comprometidos. Pero permítaseme decir respecto a la Asociación, de la cual Chile forma parte, y cuyos resultados reconoce, que su nivel de operación después de Punta del Este ha sido ascendido a responsabilidades que antes no había recibido y que esto la obliga a repensar toda su organización.

Los problemas de reconversión industrial, los desequilibrios en las balanzas de pago provocadas por la integración, la planificación de ciertos aspectos del desarrollo en sus implicaciones multinacionales son el enunciado de sólo algunas de las medidas de fondo que serán necesarias para el cumplimiento estricto de lo convenido por los Presidentes.

La próxima reunión de Ministros de Relaciones de ALALC, deberá adoptar los acuerdos que representen esta nueva visión de la Asociación transformada en instrumento capaz de crear el mercado común de los países latinoamericanos. En los próximos dos meses yo diría que no hay otra tarea más esencial para nosotros, cualesquiera que sean los acontecimientos que en el mundo ocurran, si no queremos fracasar en el primer encuentro de la decisión de los Presidentes con su realidad efectiva.

La creación de adecuados mecanismos regionales y subregionales consolidarán nuestra solidaridad ahuyentando para siempre las quejas, los recelos y las inútiles rivalidades que han empequeñecido una acción internacional que deberá ser conjunta para afrontar los problemas dentro y fuera de nuestra América.

HACER REALIDAD EL CONCEPTO DE MULTILATERALIDAD

La Alianza para el Progreso consultó la integración como una de sus grandes finalidades, pero poco o nada se ha podido hacer en estas materias. A mi parecer, es a través de la cooperación de la Alianza, a los centros de integración de ALALC y del Mercado Común Centroamericano, donde debe manifestarse eficientemente el concepto de multilateralidad que contiene la Alianza y que ha sido progresivamente abandonado en gran medida por culpa de nosotros mismos, pese a que en los discursos acentuamos, en cada oportunidad, su carácter multilateral que no ayudamos a practicar.

Tal vez si antes de pensar en la reestructuración del CIAP, así como de los demás mecanismos económicos del sistema interamericano, sería preciso repensar cuidadosamente las funciones que a cada uno va a corresponder en esta vasta tarea que la Declaración de los

Presidentes de América ha planteado. Tal vez debiera ser responsabilidad de esta reunión del CIES formular el procedimiento expedito que pudiese ubicar a cada uno en su tarea, eliminar suplicaciones, definir responsabilidades, limitar campos de acción y coordinar el esfuerzo de todos.

NO DEBEMOS ABANDONAR LA TAREA QUE NOS HEMOS PROPUESTO

No quisiera yo que de mis palabras se pudiera deducir un atisbo de pesimismo. Hemos hecho ya un camino, pero sucede a veces que después de que se toman las decisiones, algunas tan trascendentales como Punta del Este, comienza como un cierto reflujó hacia posiciones negativas o de retroceso y algo de esto se vió en Caracas durante la reunión de la CEPAL. Otras veces, la urgente absorción de nuestras preocupaciones por los problemas nacionales nos hacen perder nuevamente la perspectiva de la gigantesca tarea que debemos desarrollar. Tengo el convencimiento de que en la medida en que nos hundamos en el trabajo interno y perdamos esta gran perspectiva, los gobernantes de cada una de estas naciones, vamos entrando por un callejón sin salida.

La tarea exige, por otra parte, profundos cambios como lo afirmó el Presidente Kennedy en marzo del 61, al anunciar la Alianza:

“La libertad política, dijo, debe estar acompañada por cambios sociales. Si no se hacen libremente las reformas sociales necesarias, incluyendo las reforma agraria y tributaria; si no ampliamos las oportunidades a todas nuestras gentes; si la gran masa de los americanos no participa de la prosperidad creciente, entonces nuestra alianza, nuestra revolución, nuestro sueño y nuestra libertad fracasarán. Pero, agregó, nosotros hacemos un llamado a realizar los cambios sociales por hombres li-

bres, cambios en el espíritu de Washington y de Jefferson, en el espíritu de Bolívar y de San Martín y de Martí, no cambios que buscan imponer la tiranía de los hombres que nosotros expulsamos hace ya un siglo y medio. Nuestro lema es el que siempre ha sido: Progreso sí, Tiranía no”.

EL VERDADERO SENTIDO DE NUESTRA ACCION

Estas palabras dan, a mi juicio, sentido a nuestra acción. Tengo la profunda convicción de que será imposible, por lo menos en mi experiencia, dinamizar la economía si los pueblos no saben y no ven ahora que este es su esfuerzo para su propio porvenir. De ahí que sea fundamental realizar profundas reformas en las estructuras sociales y económicas, reformas agrarias y tributarias en la textura de nuestra vida social porque de hecho, en la actualidad, se excluye a nuestros pueblos de una verdadera acción cooperativa. Es necesario destruir las barreras que han detenido la movilidad social en América latina y desperdiciado enormes recursos humanos.

Ayer inauguraba algunas policlínicas en las poblaciones marginales de Santiago y en una de ellas —tal vez la más pobre de nuestra ciudad— veía una policlínica magnífica, construida entre el Estado y la comunidad. Ello significa un 40% de menor costo sobre la base de los contratos tradicionales y significa el trabajo y la voluntad del hombre más pobre, que siempre es el más abierto, el más generoso y el más comprensivo. Estuve en su local social construido por sus manos y vi allí un espíritu que, como les dije, era para mí un estímulo. Porque a veces, sometido a su tarea en el escritorio, se va sintiendo que los problemas comienzan a crecer y también ocurre que quienes tienen más los explotan y los agrandan, mientras los que tienen menos, cuando se apela a su generosidad, son los que ayudan a resolverlos con mayor prontitud.

Somos ya aproximadamente 250 millones de hombres. Tenemos una hermosa historia, poetas y pensadores, tierras extensas y enorme potencial humano. No podemos ser los testigos impasibles frente a un mundo en que todos se organizan para tener voz y para dar justicia y bienestar a sus pueblos. Si permanecemos desunidos nos esperan problemas insolubles. Unidos se abren las más vastas perspectivas.

Este CIES es el primer momento de decisión colectiva después de la Reunión de Punta del Este. El trabajo que comenzamos debe seguir intensamente; es de hoy y es de todos los días.

Es nuestra tarea y si no la hacemos, nadie podrá realizarla por nosotros, salvo que pierda su alma y su destino.

Es con este sentido de urgencia y esperanza que os saludo en nombre de Chile y que os deseo éxito y acuerdo en esta reunión. De ella los pueblos de América, y especialmente el nuestro, esperan resultados concretos y precisos.

Por eso no podemos dejarnos arrastrar por recetas o tecnicismos que posterguen estas transformaciones que son la condición del desarrollo económico. Y si señalo este punto no es porque dude de la conciencia que existe entre ustedes, señores delegados. A muchos de ustedes los conozco y sé lo que piensan. Es por eso, que progresivamente, en nuestra América latina y en nuestra América toda, surgen resistencias a este proceso de transformaciones y se organiza a quienes pretenden detenerlo a pretexto de una eficacia económica que no han demostrado hasta ahora, como lo prueba nuestra misma realidad.

El respeto al esfuerzo y a la iniciativa no se oponen, al revés, se complementan con la imperiosa necesidad de un progreso social que haga solidario al hombre común a esta empresa que es suya y no sólo de los Gobiernos, de los técnicos, o de los grupos privilegiados, ya sea del dinero, de la inteligencia o de la profesión.

En Chile nuestra comunidad nacional está haciendo un gran esfuerzo para modernizar las estructuras en términos de justicia y de eficiencia. Y lo difícil es, justamente, hacerlo en libertad, sin dictadura en que se silencia al que critica aunque sea del propio partido, en que no hay más que una voz, una prensa y una radio. No es fácil hacerlo cuando critican los que tienen y también critican y se organizan políticamente los que deberían estar con las reformas, porque se violentan más al sentir que les quitan, con un proceso de justicia, sus banderas de odio.

Os ruego perdonarme por la extensión y franqueza con que me he permitido dirigiros la palabra, pero no sólo soy chileno; me siento también ciudadano de Latinoamérica y es en tal carácter que hablo para vaciar mi profunda inquietud frente a la situación política, social y económica que estamos viviendo.

En Punta del Este pude apreciar la decisión de los Presidentes allá reunidos, sin excepción, para reconocer la profundidad y la urgencia de la tarea que tenemos por delante.

**EDITADO POR
DIFUSION Y CULTURA DE LA
PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA**

Editorial Del Pacífico, S. A., Alonso Ovalle 766, Santiago.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.